LA CASA DE SHIRAZ

Agatha Christie



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Eran las seis de la mañana cuando mister Parker Pyne salió con destino a Persia, después de haberse detenido en Bagdad.

En el pequeño avión, el espacio correspondiente a los pasajeros era limitado, y la escasa anchura de los asientos no permitía al corpulento mister Parker Pyne instalarse allí cómodamente. Tenía dos compañeros de viaje: un hombre grande, de floreciente aspecto, que le pareció debía ser algo hablador, y una mujer delgada, de labios apretados y expresión decidida.

En todo caso, pensó mister Parker Pyne, no parecen estar dispuestos a consultarme profesionalmente.

No hicieron tal cosa. La mujercilla era una misionera americana, toda ella trabajo duro y felicidad.

Y el hombre floreciente estaba empleado en una empresa petrolífera. Habían dado a sus compañeros de viaje un resumen de sus vidas antes de que el avión se pusiera en marcha.

-Yo no soy más que un turista -había dicho mister Parker Pyne modestamente-. Y voy a Teherán, Isfahán y Shiraz.

Y la simple música de aquellos nombres le encantó de tal modo al pronunciarlos que los repitió: Teherán, Isfahán y Shiraz.

Mister Parker Pyne bajó la mirada sobre el terreno que estaban cruzando. Era un desierto llano. Y sintió el misterio de aquellas regiones vastas y despobladas.

En Kermanshar el aparato descendió para el examen de los pasaportes y el pago de los derechos de Aduana. Abrieron una maleta de mister Parker Pyne y examinaron con alguna excitación cierta pequeña etiqueta. Se le hicieron preguntas y, como mister Parker Pyne no hablaba ni entendía el persa, el asunto ofreció algunas dificultades.

El piloto del aparato se acercó. Era un atractivo joven rubio, con los ojos azules hundidos y el rostro curtido por la intemperie.

-¿Diga usted? -preguntó con buen humor.

Mister Parker Pyne, que se había esforzado por explicarse con una pantomima excelente y realista, al parecer sin mucho éxito, se volvió hacia él con satisfacción.

-Son polvos para matar chinches -dijo-. ¿Cree usted que puede explicárselo?

El piloto pareció perplejo.

-¿Dice usted?

Mister Parker Pyne repitió su declaración en alemán. El piloto sonrió y tradujo la frase al persa. Los graves y solemnes funcionarios quedaron complacidos. Sus tristes rostros se animaron y sonrieron. Uno llegó incluso a reírse. Encontraba la idea graciosa.

Los tres pasajeros volvieron a ocupar sus asientos en el avión y el vuelo se reanudó. Descendieron en Hamadán para dejar caer el correo, pero el avión no se detuvo. Mister Parker Pyne observó el lugar buscando la piedra de Behistún, ese romántico lugar en que Darío describe la extensión de su imperio y sus conquistas en tres lenguas diferentes: babilonio, medo y persa.

Era la una cuando llegaron a Teherán. Allí hubo más formalidades policíacas. El piloto alemán se acercó y sonrió a mister Parker Pyne, quien había terminado ya de contestar a un largo interrogatorio que no había entendido.

-¿Qué he dicho? -le preguntó al piloto.

-Que el nombre de pila de su padre es Turista, que su profesión es Charles, que el nombre de su madre es Bagdad y que ha llegado usted a Harriet.

-¿Tiene esto importancia?

-Ni poca ni mucha. Basta contestar alguna cosa, esto es todo lo que necesitan.

Mister Parker Pyne sufrió una desilusión en Teherán. Lo encontró desconsoladamente moderno. Así lo dijo por la noche al tropezar con mister Schlagal, el piloto, cuando entraba en su hotel. Obedeciendo a un impulso, lo invitó a comer y el alemán aceptó.

Dio, pues, órdenes al camarero georgiano que se había acercado a ellos. Sirvieron la comida. Llegados al postre, un plato algo pegajoso confeccionado con chocolate, el aviador dijo:

-¿Es decir, que va usted a Shiraz?

-Sí, iré por aire. Luego, volveré de Shiraz a Isfahán y Teherán por tierra. ¿Es usted quien me llevará a Shiraz mañana?

-No, no. Yo vuelvo a Bagdad.

-¿Hace tiempo que está usted allí?

-Tres años. Sólo hace tres años que se estableció allí nuestro servicio. Hasta ahora no hemos tenido ningún accidente... unberufen! -y tocó la mesa.

Les sirvieron tazas de espeso café. Los dos hombres fumaron.

-Mis primeros pasajeros fueron dos damas -dijo el alemán, evocando sus recuerdos-. Dos damas inglesas.

-Continúe -dijo mister Parker Pyne.

-Una de ellas era una joven de muy buena familia, hija de uno de sus ministros. Era... ¿cómo se llamaba...? Lady Esther Carr. Es hermosa, muy hermosa, pero está loca.

-¿Loca?

-De remate. Vive allí, en Shiraz, en una gran casa. Viste al estilo colonial. No quiere ver a ningún europeo. ¿Es ésta la vida propia de una dama de buena familia?

-Ha habido otras -dijo mister Parker Pyne-. Lo estuvo lady Hester Stanhope.

-Ésta está loca -replicó el otro bruscamente-. Puede verse en sus ojos. Tiene la misma mirada del comandante de mi submarino, durante la guerra. Ahora está en un manicomio.

Mister Parker Pyne se había quedado pensativo. Recordaba bien a lord Micheldever, el padre de lady Esther Carr. Había trabajado a sus órdenes cuando fue ministro del Interior: un hombre grande y rubio, con los ojos azules predispuestos a la risa. Había visto una vez a lady Micheldever, una conocida belleza irlandesa de cabello negro y ojos azul violeta. Los dos eran personas normales y de buen aspecto, pero, a pesar de esto, era cierto que había desequilibrio mental en la familia Carr. Una locura que se manifestaba de vez en cuando.

-¿Y la otra dama? -preguntó con indiferencia.

-La otra dama... está muerta.

En el acento del joven había algo que hizo levantar vagamente la cabeza a mister Parker Pyne.

-Yo tengo corazón -dijo Schlagal-. Aquella mujer me parecía hermosísima. Usted sabe lo que son estas cosas... caen sobre uno de repente. Era una flor... una flor -y suspiró profundamente-. Fui una vez a verlas, a la casa de Shiraz. Lady Esther me había invitado a ir. Mi pequeña, mi flor, temía algo. Yo podía verlo. Cuando volví a Bagdad me dijeron que estaba muerta. ¡Muerta!

Se detuvo un instante y luego añadió con expresión pensativa:

-Es posible que la matara la otra. Le digo a usted que está loca.

Y suspiró. Mister Parker Pyne pidió dos Benedictines.

-El curasao es bueno -dijo el camarero georgiano. Y les trajo dos curasaos.

Al día siguiente, pasadas las primeras horas de la tarde, mister Parker Pyne había echado su primera ojeada a Shiraz. Habían volado sobre cordilleras de montañas separadas por valles estrechos y desolados. Todo era un desierto árido y reseco. Luego, de repente, apareció Shiraz como una preciosa esmeralda en el centro de aquella soledad.

A mister Parker Pyne Shiraz le encantó como no le había gustado Teherán. No le asustó el carácter primitivo del hotel, ni el aire no menos primitivo de las calles.

Se encontraba en medio de unas vacaciones persas. Las fiestas de Nan Ruz habían comenzado la noche anterior: el período de quince días en que los persas celebran su Año

Nuevo. Vagó por los bazares vacíos y salió al gran terreno abierto, sobre el lado norte de la ciudad. Toda Shiraz estaba celebrando aquellas fiestas.

Un día dio un paseo por las afueras. Había visitado la tumba del poeta Hafiz y, a su regreso, descubrió una casa que le dejó encantado. Una casa enteramente cubierta de mosaicos azules, rosa y amarillenta, en medio de un verde jardín con agua, naranjos y rosales. Le pareció una casa de ensueño.

Aquella noche comió con el cónsul británico y le interrogó acerca de aquella residencia.

-Un sitio delicioso, ¿no es verdad? Fue construido por un antiguo y opulento gobernador de Luristán que había aprovechado bien su posición social. Ahora es de una inglesa. Es posible que conozca usted su nombre: lady Esther Carr. Está loca como una cabra. Se ha convertido completamente en una dama del país. No quiere tener relación alguna con los ingleses.

-¿Es joven?

-Demasiado joven para hacer el tonto de esa manera. Tiene unos treinta años.

-¿No había otra inglesa con ella? ¿Una mujer que murió?

-Sí, hace de eso unos tres años. Ocurrió al día siguiente de tomar yo posesión de mi cargo aquí. Barham, mi predecesor, murió de repente, ya lo sabe usted.

-¿Cómo murió esa mujer? -preguntó mister Parker Pyne.

-Se cayó al patio desde una terraza del primer piso. Era la doncella o la dama de compañía de lady Esther, no recuerdo cuál de las dos cosas. En todo caso, llevaba la bandeja del desayuno y dio un paso atrás. Fue muy triste, no pudo hacerse nada. Se rompió la cabeza contra el suelo.

-¿Cómo se llamaba?

-Me parece que King, ¿o quizás era Wills? -dijo-. No, ésta es la misionera. Era una muchacha bastante bonita.

-¿Trastornó esto mucho a lady Esther?

-Sí... no. No lo sé. Se mostró muy rara, yo no pude entender su carácter... Es, bueno, una criatura muy imperiosa. Puede usted darse cuenta de que es alguien, ya sabe lo que quiero decir. Casi me asustó con sus modales dominantes y sus ojos oscuros, que echan llamas.

Y se rió, a modo de excusa, para quedarse luego observando a su compañero, Mister Parker Pyne tenía, al parecer, la mirada perdida en el espacio. La cerilla que acababa de frotar para encender su cigarrillo ardía en su mano y, al llegar la llama a los dedos, la tiró con una exclamación de dolor. Después, sonrió ante la asombrada expresión del cónsul.

-Perdone -le dijo.

-¿Estaba usted viendo visiones?

-A montones -contestó mister Parker Pyne enigmáticamente.

Y se pusieron a hablar de otras cosas.

Aquella noche, a la luz de una pequeña lámpara de petróleo, mister Parker Pyne escribió una carta. Esta composición dio lugar a muchas vacilaciones. No obstante, al final, quedó redactada en forma muy sencilla:

«Mister Parker Pyne saluda respetuosamente a lady Esther Carr y se complace en hacerle saber que se hospeda en el Hotel Fars durante los próximos tres días en caso de que desease consultarle.»

E incluyó un recorte de periódico: el famoso anuncio.

-Esto hará el milagro -se dijo mister Parker Pyne al meterse con cuidado en su no muy cómoda cama-. Veamos: cerca de tres años. Sí, esto debe dar resultado.

Al día siguiente, hacia las cuatro, llegó la contestación. La trajo un criado persa que no entendía el inglés:

«Lady Esther Carr se complacerá en recibir a mister Parker Pyne, si viene a verla esta noche, a las nueve.»

Mister Parker Pyne sonrió.

El mismo criado fue quien le recibió aquella noche. Fue conducido por un jardín oscuro y subió por una escalera exterior que daba la vuelta hacia la parte posterior de la casa. Desde allí se abrió una puerta y atravesó un patio central que estaba descubierto. Contra la pared se veía un gran diván y en él se hallaba reclinada una figura sorprendente.

Lady Esther iba cubierta de ropajes orientales y hubiera podido sospecharse que una razón de esta preferencia consistía en el hecho de que armonizaba bien con su belleza de tipo oriental. El cónsul había dicho que era una mujer imperiosa y ésta era, en efecto, la impresión que causaba su actitud. Mantenía alta la barbilla y sus cejas eran muy arrogantes.

-¿Es usted mister Parker Pyne? Siéntese ahí.

Y señaló con la mano un montón de almohadones. En el dedo corazón de dicha mano brillaba una esmeralda en la que estaba grabado el escudo de armas de su familia. La poseía por herencia, y mister Parker Pyne pensó que valía una pequeña fortuna.

Obedeció la indicación, aunque con alguna dificultad. A un hombre de su corpulencia no le era fácil sentarse airosamente.

Apareció un criado con un servicio de café. Mister Parker Pyne tomó su taza y empezó a sorberlo con gesto de aprobación.

La dueña de la casa había adquirido la costumbre oriental de guardar una calma infinita. No se apresuró a entrar en conversación. También ella sorbió el café con los ojos semicerrados. Por fin, habló:

-Así que usted ayuda a las personas que no son felices. O, por lo menos, esto es lo que afirma en su anuncio.

-Sí.

-¿Por qué me lo ha enviado? ¿Es éste su modo de trabajar cuando viaja?

En estas palabras había un tono resueltamente ofensivo, pero mister Parker Pyne lo pasó por alto y contestó sencillamente:

-No. Mi idea, al viajar, es tomarme unas completas vacaciones.

-Entonces, ¿por qué me lo ha enviado?

-Porque tengo motivos para creer que usted... no es feliz.

Hubo un momento de silencio. Él tenía gran curiosidad. ¿Cómo se lo tomaría ella? La dama tardó un minuto en decidirse sobre este punto. Luego, se echó a reír.

-Supongo que usted se ha figurado que toda persona que deja el mundo, que vive como yo vivo, separada de mi raza, de mi patria ¡lo hace porque es desdichada! Penas, desengaños... ¿cree usted que algo de este tipo me ha traído al destierro? Bien, ¿cómo podría usted entenderlo? Allí, en Inglaterra, yo era un pez fuera del agua. Aquí soy yo misma. Yo soy una oriental de corazón. Me gusta este retiro. Me atreveré a decir que usted no puede entenderlo. A usted debe de parecerle... -vaciló un momento- que estoy loca.

-Usted no está loca -dijo mister Parker Pyne.

Y su voz revelaba una tranquila seguridad. Ella lo miró con curiosidad.

-Pero por ahí, por lo que sé, dicen que lo estoy. ¡Tontos! En el mundo ha de haber gente de toda clase. Soy completamente feliz.

-Y, no obstante, me ha hecho venir -observó mister Parker Pyne.

-No negaré que he sentido curiosidad por verlo. -Vaciló-. Además, aunque no quiero volver nunca a Inglaterra, me gusta informarme de lo que pasa...

-¿En el mundo que ha dejado?

Ella hizo un gesto afirmativo.

Mister Parker Pyne empezó a hablar. Su voz, clara y tranquilizadora, adoptó al principio un tono moderado que luego se elevó para acentuar algunos de los puntos que tocaba.

Habló de Londres, de los rumores de sociedad, de los hombres y mujeres famosos, de los nuevos restaurantes y clubes nocturnos, de las carreras y cacerías y de los escándalos de las residencias veraniegas. Habló de ropas, de las modas de París, de establecimientos modestos en las calles populares en los que podían encontrarse notables gangas. Describió los teatros y cines, dio noticia de las películas, describió la construcción de los nuevos jardines en los suburbios, habló de plantas y jardinería... Y llegó, por último, a una llana descripción de Londres al anochecer, con sus tranvías y autobuses y las muchedumbres que se apresuraban a regresar a casa tras el trabajo diario y de los pequeños hogares que les aguardaban, y de todo el extraño modelo íntimo de la vida familiar inglesa.

Aquel fue un discurso verdaderamente notable, en el que el orador hizo gala de sus amplios y desusados conocimientos y de su habilidad para exponer los hechos en el debido orden. Lady Esther había dejado caer la cabeza, su actitud había perdido toda la arrogancia de antes. Durante algún rato, sus lágrimas se habían deslizado con calma y ahora, cuando él hubo terminado, abandonó toda afectación y lloró abiertamente.

Mister Parker Pyne no dijo nada. Permaneció allí inmóvil, observándola. Su rostro tenía la expresión tranquila y satisfecha de una persona que ha realizado un experimento y obtenido el resultado que deseaba.

Por último, ella levantó la cabeza y dijo con amargura:

-Bien, ¿está usted ahora contento?

-Así lo creo... ahora.

-¿Cómo voy a soportarlo? ¿Cómo voy a soportarlo? No poder salir nunca más de aquí, ¡no volver a ver nunca... a nadie! -y aquel grito había venido como si se lo hubiesen arrancado. Luego se rehizo, sonrojándose-. ¿Qué más? -preguntó airadamente-. ¿No va a hacerme la obligada observación? ¿No va a decirme «Si tanto desea volver a su país, por qué no lo hace»?

-No -contestó mister Parker Pyne moviendo la cabeza-, esto está muy lejos de ser tan fácil para usted.

Por primera vez, se asomó a sus ojos una expresión de temor.

-¿Sabe usted por qué no puedo irme?

-Así lo creo.

-Se equivoca -replicó ella moviendo la cabeza-. La razón de que no pueda irme no la imaginará usted nunca.

-Yo no imagino -dijo mister Parker Pyne-. Yo observo... y clasifico.

Ella volvió a mover la cabeza.

-No sabe usted absolutamente nada.

-Veo que tendré que convencerla -dijo mister Parker Pyne placenteramente-. Cuando vino usted aquí, lady Esther, utilizó, según creo, el nuevo servicio aéreo desde Bagdad.

-Sí.

-Conducía el aparato un piloto llamado Schlagal, que vino luego a verla a usted.

-Sí. -Y, de algún modo inexplicable, este segundo «sí» pareció sonar más suave.

-Y tenía usted una amiga o compañera que... murió -dijo él, ahora con una voz dura como el acero, fría, ofensiva.

-Mi acompañante.

-¿Y se llamaba...?

-Muriel King.

-¿Le tenía usted afecto?

-¿Qué quiere decir con «afecto»? -y se detuvo, conteniéndose-. Me era útil.

Lo había dicho con altivez y mister Parker Pyne recordó las palabras del cónsul: «Se nota que es alguien, si sabe lo que quiero decir.»

-¿Sintió usted lástima cuando murió?

-Yo... ¡naturalmente! Mister Pyne, francamente, ¿es necesario hablar de todo esto? -Lo había dicho con ira y continuó, sin esperar la contestación-: Ha sido usted muy amable viniendo a verme. Pero estoy un poco fatigada. Si quiere decirme lo que le debo...

Pero mister Parker Pyne no se movió ni dio señales de haberse ofendido. Y continuó tranquilamente con sus preguntas.

-Desde que ella murió, mister Schlagal no ha venido a verla a usted. Suponiendo que viniese, ¿usted lo recibiría?

-No lo recibiría.

-¿Se negaría en redondo?

-En redondo. Mister Schlagal no será nunca admitido aquí.

-Sí -dijo mister Parker Pyne con aire pensativo-. No podía usted decir otra cosa.

La armadura defensiva de su arrogancia se aflojó un poco. Y dijo con expresión incierta:

-No... no sé qué quiere usted decir.

-¿Sabía usted, lady Esther, que el joven Schlagal se enamoró de Muriel King? Es un joven sentimental. Todavía adora su recuerdo.

-¿Es así? -y su voz fue casi un murmullo.

-¿Cómo era?

-¿Qué quiere usted decir con cómo era? ¡Qué sé yo!

-Usted debía haberla mirado algunas veces -dijo mister Parker Pyne amablemente.

-¡Oh, sí! Era una joven de muy buen aspecto.

-¿Aproximadamente de la edad de usted?

-Aproximadamente. -Y añadió, tras una pausa-: ¿Por qué cree usted que ese... Shlagal la quería?

-Porque me lo dijo él mismo. Sí, sí, en los términos más inequívocos. Tal como le digo, es un joven sentimental. Estaba contento de hacerme esa confidencia. Se trastornó mucho cuando ella murió de aquel modo.

Lady Esther se levantó de un salto.

-¿Cree usted que yo la asesiné?

Mister Parker Pyne no se levantó. No era de la clase de hombres que saltan de su asiento.

-No, mi querida niña -dijo-.Yo no creo que usted la asesinara y, siendo así, me parece que cuanto más pronto termine esta comedia y entre en razón, mejor.

-¿Qué quiere usted decir con «esta comedia»?

-La verdad es que perdió usted la serenidad. Sí, perdió la serenidad de mala manera. Creyó que iba a ser acusada de haber dado muerte a su señora.

La muchacha hizo un rápido movimiento. Mister Parker Pyne continuó:

-Usted no es lady Esther Carr. Lo sabía antes de venir aquí, pero la he puesto a prueba para asegurarme. -Y apareció su sonrisa blanda y benévola-. Mientras hacía mi discursillo, he estado observándola y siempre la he visto reaccionar como Muriel King, no como Esther Carr. Las tiendas baratas, los cines, los nuevos jardines de los suburbios, los viajes en autobús y en tranvía, todo esto la ha interesado. Los cotilleos sobre las residencias veraniegas, los nuevos clubes nocturnos, las habitaciones de Mayfair, los asistentes a las carreras... nada de ello le ha interesado lo más mínimo.

Su voz se hizo más persuasiva y paternal.

-Siéntese y cuéntemelo todo. Usted no asesinó a lady Esther, pero pensó que podía ser acusada de haberlo hecho. Dígame cómo ocurrió todo.

Ella inspiró largamente. Luego se dejó caer de nuevo en el diván y empezó a hablar. Sus palabras brotaban apresuradamente, a borbotones.

-Debo empezar... por el principio. Yo... estaba asustada de ella. Estaba loca... no completamente, pero sí un poco. Me trajo aquí con ella. Como una tonta, yo estaba encantada. Esto me parecía tan romántico... Una tontita. Esto es lo que yo era: una tontita. Hubo algo a propósito de un chófer. Ella estaba loca por los hombres. El chófer no quiso tener nada que ver con ella y esto se supo. La historia empezó a circular entre sus amigas, que se rieron del caso. Y ella rompió con su familia y se vino aquí.

»Todo era para evitar la vergüenza: la soledad en el desierto, etcétera. Hubiera continuado así por algún tiempo y luego hubiera regresado. Pero fue poniéndose cada vez más rara. Y estaba el piloto. Ella... se encaprichó de él. Él vino aquí a verme y ella pensó... Oh, bien, ya se lo debe imaginar usted. Pero él hubiera debido dárselo a entender claramente.

»Y luego, de repente, se volvió contra mí. Se volvió horrible, imponente. Dijo que yo no volvería nunca más a Inglaterra. Dijo que estaba en su poder. Dijo que yo era una esclava. Sólo esto, una esclava. Y que ella tenía sobre mí el derecho de vida o muerte.

Mister Parker Pyne hizo un gesto afirmativo. Vio cómo se desenvolvía la situación. Vio a lady Esther traspasando lentamente el límite de la cordura, como antes que ella lo habían hecho otros en su familia, y a la muchacha aterrada, ignorante del mundo, creyendo todo lo que se le decía.

-Pero un día algo pareció cambiar de pronto en mi interior. Le planté cara. Le dije que, si llegábamos a ese extremo, yo era más fuerte que ella. Le dije que la tiraría sobre las piedras del piso de abajo. Y ella se quedó asustada. Supongo que había pensado que yo no era más que un gusano. Di un paso hacia ella... No sé qué pensó que me proponía hacer. Retrocedió. Se... ¡se cayó por el borde de la terraza! -Y Muriel King se cubrió el rostro con las manos.

-¿Y entonces? -apuntó mister Parker Pyne con suavidad.

-Perdí la cabeza. Pensé que dirían que yo la había empujado para que se cayese. Pensé que nadie me escucharía, que me encerrarían en alguna horrible prisión de este país -Y movió los labios, viendo mister Parker Pyne claramente que estaba dominada por un miedo que no admitía razones-. Y después se me ocurrió que ¡si fuese yo la víctima...! Sabía que había llegado un nuevo cónsul británico que no había visto a ninguna de las dos. Y la otra había muerto.

«Podía encargarme de los criados. Para ellos éramos dos inglesas locas. Cuando una moría, continuaba la otra. Les hice buenos regalos en dinero y los envié a buscar al cónsul de Inglaterra. Éste vino y yo le recibí como si fuese lady Esther. Me había puesto su anillo en el dedo. El cónsul fue muy amable y lo arregló. Nadie sospechó.

Mister Parker Pyne hizo un gesto afirmativo con aire pensativo. El prestigio de un nombre ilustre. Lady Esther Carr podía estar loca de remate, pero no por ello dejaba de ser lady Esther Carr.

-Y después de esto -continuó Muriel-, me arrepentí de lo que había hecho. Vi que también yo había estado loca, furiosa. Quedaba condenada a quedarme aquí representando un papel. No veía el modo de poder escaparme nunca. Si confesaba la verdad, parecería más cierto aún que yo la había asesinado. ¡Oh, mister Pyne! ¿Qué voy a hacer? ¿Qué voy a hacer?

-¿Hacer? -Y mister Parker Pyne se puso en pie tan deprisa como lo permitía su corpulencia-. Mi querida niña, va usted a venir conmigo ahora a ver al cónsul británico, que es un hombre muy amable y bondadoso. Habrá de pasar por algunas formalidades poco agradables. No le prometo que todo vaya a ir viento en popa, pero no será usted ahorcada por asesinato. A propósito, ¿cómo se encontró la bandeja junto al cadáver?

-Yo la tiré abajo. Creí... que parecería mucho más que yo era la muerta si la bandeja estaba allí. ¿Hice una tontería?

-Al contrario, esto fue más bien un rasgo de habilidad -dijo mister Parker Pyne-. En realidad, éste era el único detalle que me hizo pensar, antes de verla, que podía usted haber asesinado a lady Esther. Cuando la vi, comprendí que, a pesar de lo que pudiera ser capaz de hacer en la vida, nunca mataría a nadie.

-¿Porque me falta valor, quiere decir?

-Porque no reaccionaría usted así -dijo mister Parker Pyne sonriendo-. Bien, ¿nos vamos? Hay unos momentos poco gratos que soportar, pero yo la acompañaré mientras dure, y luego a Streatham Hill... Es Streatham Hill, ¿verdad? Sí, me lo figuraba. He visto cómo su rostro se contraía cuando he nombrado un determinado autobús. ¿Viene usted, querida?

Muriel King retrocedió y dijo nerviosamente:

-No me creerán. Ni su familia ni nadie. No querrán creer que ella podía comportarse como lo hizo.

-Déjelo de mi cuenta -dijo mister Parker Pyne-. Yo sé algo de la historia de su familia, ya comprende. Venga, niña, no siga haciendo el papel de cobarde. Recuerde que hay en Teherán un joven a quien se le está partiendo el corazón a suspiros. Vale más que arreglemos las cosas para que vaya usted a Bagdad en su avión.

La muchacha sonrió, ruborizándose.

-Estoy dispuesta -dijo sencillamente. Luego, al encaminarse a la puerta, se volvió-. Ha dicho usted que sabía que yo no era lady Esther Carr antes de verme. ¿Cómo podía saberlo?

-Estadísticas -contestó mister Parker Pyne.

-¿Estadísticas?

-Sí. Tanto lord como lady Micheldever tenían los ojos azules. Cuando el cónsul me dijo que su hija los tenía centelleantes y oscuros, comprendí que allí había alguna equivocación. Una pareja de ojos oscuros puede tener un hijo de ojos azules, pero no al revés. Un hecho científico, se lo aseguro a usted.

-¡Creo que es usted maravilloso! -dijo Muriel King.